

# LA DANZA DEL BOSQUE NUBLADO



María Alejandra Almeida

Ilustración de Eulalia Cornejo

## La danza del bosque nublado

María Alejandra Almeida

Ilustraciones: Eulalia Cornejo

Coordinación general: Leonor Bravo

Edición y corrección de estilo: María Eugenia Delgado

Diseño y diagramación: Santiago Vásconez

© Girándula, Asociación Ecuatoriana del Libro Infantil y Juvenil, IBBY Ecuador, 2026

Girándula es una organización sin fines de lucro que agrupa a escritores, ilustradores, editoriales, librerías y demás personas e instituciones involucradas en la producción y difusión de la literatura para niños y jóvenes del país.

@girandulaecuador  
@maratondelcuento  
www.maratondelcuento.com  
096 221 0303  
girandula2013@gmail.com



En lo profundo del Chocó Andino, donde la niebla danza entre los árboles como espíritus antiguos, vive un bosque que canta. Las hojas susurran secretos, las lianas se mecen como colas de cometas y el aire huele a tierra mojada y sueños verdes. Allí, entre helechos gigantes y orquídeas que parecen joyas, vivía un gallito de la peña.

Su plumaje era fuego entre la bruma: naranja y rojo encendidos, alas negras como la noche y patas amarillas como el sol que apenas se atreve a entrar. Su cresta redondeada parecía una corona y sus iris brillaban como estrellas inquietas. Pero este gallito no era como los demás.

Se llamaba Lumo y, mientras los otros machos practicaban sus saltos y chasquidos para el gran baile del lek, él soñaba con volar más alto, cantar melodías nuevas y entender el lenguaje de los árboles.



—Eres raro —le decían las hembras, que preferían a los gallitos que gruñían como cerdos y se balanceaban con precisión.

Pero Lumo no se rendía.

El día del lek llegó y el bosque se convirtió en un salón de gala. Las ramas eran pasarelas y las lianas, columpios de exhibición. Los machos se alineaban como caballeros en un baile real, cada uno mostrando su mejor salto y su mejor aleteo.

Lumo, con su estilo excéntrico, hizo una reverencia exagerada, giró como un torbellino y cantó una nota que nadie había escuchado antes. Las hembras lo miraron con curiosidad... y luego se rieron.



Excepto una.

Ella era distinta. Su plumaje era pardo, su cresta pequeña pero elegante, y sus ojos celestes brillaban con una luz suave. Se llamaba Nube.

—Tu canto... me hizo sentir el bosque —le dijo.





Y entonces, entre los dos, nació algo más que un cortejo. Compartieron sueños, saltaron juntos y se escondieron entre las bromelias para hablar de estrellas y raíces.

Pero, en medio de su danza, un sonido rasgó el aire. No era un chasquido de pico. Era un rugido. Árboles cayendo. Motosierras.

El bosque tembló.

—¡Están talando! —gritó Nube.

Los dos volaron y se escondieron donde la niebla era más espesa. Allí, entre el silencio y el miedo, Lumo escribió su historia en la corteza húmeda de un árbol:

*Bruma y canto van,  
el bosque llora su piel,  
vuelo sin hogar.*

*Sombras entre ramas,  
el eco busca refugio  
en la niebla azul.*

Después, no hubo lek. Los gallitos se dispersaron. El bosque lloró. Las bromelias y los hongos se quebraron. Los

cantos se apagaron. Pero, en medio de aquello, Lumo recordó algo: su baile.

—¿Y si convertimos el lek en algo más grande? —susurró.

—¿Más grande que el cortejo? —preguntó Nube.

—Más grande que el miedo.

Así nació una idea: una danza para el bosque.





Cada amanecer, los dos gallitos bailaban en lo alto de los árboles. Sus movimientos eran distintos: giros lentos, saltos suaves y cantos que imitaban el susurro del viento. Poco a poco, otros animales se acercaron. Un mono imitó sus brinco. Un tucán repitió sus notas. Un grupo de mariposas revoloteó en círculos, como si entendieran el ritmo.

El baile se convirtió en ritual. Y el ritual, en mensaje.

Un día, unos humanos llegaron. No traían motosierras, sino cámaras, cuadernos y pasos lentos. Se detuvieron al borde del claro, como si el bosque debiera darles permiso para entrar. Vieron a Lumo y a Nube danzar entre



ramas y neblina, y algo en sus corazones cambió. No era solo un baile: era un lenguaje antiguo, una súplica silenciosa.

Tomaron notas, grabaron sonidos y dibujaron los movimientos con manos temblorosas. Algunos cerraron los ojos, tocados por una emoción que no sabían nombrar, pero que se les había revelado. Y se marcharon sin dañar nada,



dejando solo huellas suaves y una promesa que se guardó como canto entre las ramas. Una promesa de protección.

Entonces, aunque muchos árboles habían caído, otros comenzaron a crecer. No eran los mismos, pero llevaban en sus hojas el eco de un baile que desafió el miedo. Entre saltos imperfectos y coros nuevos, dos seres distintos dejaron una huella invisible, tejida con niebla y coraje. Y el bosque, agradecido, la convirtió en leyenda.





Girándula

ASOCIACIÓN ECUATORIANA  
DEL LIBRO INFANTIL Y JUVENIL

# XIX MARATÓN DEL CUENTO

QUITO UNA CIUDAD  
QUE LEE



GLOBAL GREENGRANTS FUND



Quito renace.



Quito  
GOBIERNO AUTÓNOMO

OEI

CRISFE



Diners Club



CÁMARA  
ECUATORIANA  
DEL LIBRO